



Universidad
Nacional
de Rosario



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

“JÓVENES Y PROYECTO DE VIDA: LOS DESAFÍOS ACTUALES DE LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL”

MODALIDAD DE PRESENTACIÓN: ENSAYO

AUTOR/A: FLORENCIA PIGNANI

LEGAJO: P-2017/6

DNI: 34.935.786

DOCENTE O GRADUADO RESPONSABLE: NOELIA PRIETO

AÑO: 2025

AGRADECIMIENTOS

Agradezco, en primer lugar, a mi familia por su apoyo incondicional y por confiar en mí en cada momento.

A mi novio, por estar siempre a mi lado y acompañarme con paciencia en este proceso.

A mis amigos y amigas, por sus palabras de aliento y por recordarme que nunca estuve sola en este recorrido.

A mis compañeros y compañeras de la carrera, con quienes compartí risas, cansancio y aprendizajes.

A todos los profesores y profesoras, quienes con generosidad compartieron sus conocimientos y me guiaron en este camino de formación.

ÍNDICE

RESUMEN Y PALABRAS CLAVE.....	1
INTRODUCCIÓN.....	2
PROCESO DE TRANSICIÓN A LA ADULTEZ.....	3
Terminar la secundaria.....	3
Tener que elegir.....	3
LA CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO DE VIDA.....	5
¿Qué entendemos por proyecto de vida?.....	5
La vocación como construcción en movimiento.....	5
¿Cómo es el contexto actual?.....	6
Proyecto de vida en la actualidad.....	8
¿Cuáles son los temores con los que se enfrentan los jóvenes?.....	9
LOS DESAFÍOS DE LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL EN LA ACTUALIDAD.....	11
Acerca de la Orientación Vocacional.....	11
Las intervenciones sociocomunitarias.....	12
Desarmar saberes para alojar al otro. El rol del psicólogo en Orientación Vocacional.....	12
CONCLUSIÓN.....	15
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	16

RESUMEN

El presente ensayo reflexiona acerca de los desafíos que enfrenta la Orientación Vocacional en la actualidad en su función de acompañar a los jóvenes en la construcción de un proyecto de vida. Como punto de partida se toma a la adolescencia como una etapa de transición crítica, atravesada por múltiples transformaciones que generan la necesidad de asumir nuevos roles y tomar decisiones significativas. En este marco, la finalización de la escuela secundaria se presenta como un momento inaugural, en la cual los jóvenes se ven interpelados a elegir su futuro académico, laboral y personal, enfrentando dudas, temores y expectativas. A partir de allí, se estudia la construcción del proyecto de vida como un proceso dinámico, abierto y en constante revisión, donde la vocación se comprende como una construcción en movimiento, influida tanto por la historia personal como por las condiciones sociales. Asimismo, se examina el impacto del contexto actual caracterizado por la sociedad líquida, atravesada por la incertidumbre, la inmediatez y la fragmentación de los vínculos, factores que inciden directamente en la manera en que los jóvenes proyectan y reconstruyen sus trayectorias. Finalmente, se problematizan los principales desafíos de la Orientación Vocacional desde una perspectiva crítica y situada, que reconoce la complejidad de las juventudes y promueve dispositivos inclusivos, creativos y comprometidos con la realidad social. Así, el rol del psicólogo se configura como un profesional que habilita la escucha, la reflexión y la elaboración, sosteniendo que elegir no implica adaptarse a lo dado, sino apropiarse de la propia vida.

PALABRAS CLAVES: Orientación Vocacional, Transición, Jóvenes, Proyecto de Vida

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone reflexionar sobre los desafíos que enfrenta la Orientación Vocacional en su labor de acompañar a los jóvenes en la construcción de su proyecto de vida. Para ello, se tomará como protagonistas a los adolescentes, entendiendo a esta etapa, según diferentes autores, como un momento crítico de transición entre la infancia y la adultez.

Nasio (2013), define la adolescencia como una neurosis sana, pasajera y necesaria para volverse adulto. Durante este período, los adolescentes experimentan cambios abruptos a nivel biológico, psicológico y social que se viven como duelos. Los cambios corporales generan una fuerte repercusión psíquica, provocando angustia y confusión. Este proceso de transformación, vivido como invasivo e incontrolable, conlleva una reestructuración subjetiva que genera desafíos tanto a nivel personal como social.

A medida que los adolescentes crecen, atraviesan un duelo por la pérdida de su rol infantil. Según Muller (1990), las nuevas realidades que enfrentan son ambiguas y deben ser resueltas de manera autónoma, ya que no existen soluciones claras para los problemas relacionados con la sexualidad, las relaciones, los estudios y las ocupaciones. Este proceso también impacta a los padres, quienes deben aceptar un cambio en la relación con sus hijos y permitirles ganar mayor autonomía.

En este contexto, los adolescentes buscan definir su identidad, eligiendo quiénes quieren ser y qué quieren hacer en la vida, apoyándose en su grupo de pares y comenzando a distanciarse de la protección que sus padres le brindaban.

Un momento clave en la vida de los adolescentes es la finalización de la escuela secundaria, donde por primera vez enfrentan decisiones que tendrán consecuencias significativas a largo plazo. La Orientación Vocacional, en este momento, busca brindar las herramientas necesarias para que los jóvenes puedan diseñar y construir un proyecto de vida acorde a sus deseos y realidades, en un contexto social cada vez más complejo y desafiante.

A lo largo de este trabajo, se abordará en primer lugar, el proceso de transición a la adultez que experimentan los jóvenes al finalizar la escuela secundaria, con especial énfasis en el momento de la elección y sus implicancias subjetivas. Luego, se analizará la construcción del proyecto de vida en el contexto actual marcado por la incertidumbre, la inestabilidad social, y los cambios culturales propios de la sociedad líquida. En última instancia se examinan los principales desafíos que atraviesa hoy la Orientación Vocacional, junto con el rol que asume el psicólogo que se desempeña en este campo, desde una mirada crítica, situada y comprometida con la realidad social.

PROCESO DE TRANSICIÓN A LA ADULTEZ

Terminar la secundaria

La culminación de la escuela secundaria es un hito sobresaliente en el pasaje a la vida adulta. Marca un punto de inflexión, un antes y un después producido por una forma particular del contexto social de época.

Se podría establecer que tanto la infancia como la adolescencia moderna se constituyen alrededor de dos instituciones sociales básicas que les permiten construir la subjetividad: la familia y la escuela. En el caso de esta última, es una institución social que no sólo se encarga de enseñar y aprender contenidos (que se consideran necesarios para la vida), sino que además permite constituir relaciones afectivas que pueden perdurar en el tiempo y organizar la vida cotidiana, estableciendo los tiempos de actividad y de descanso.

Durante el transcurso de nuestra vida vamos saltando de una institución a otra. Tanto las instituciones como la subjetividad no son eternas; es decir, van cambiando con el tiempo y tienen un carácter histórico. A este salto que los sujetos hacen en aquellas circunstancias sociales, Rascovan (2005) lo denomina: transición. “Son las coordenadas propias de cada época las principales condicionantes en los procesos de transición. Si alguna vez fueron escenarios sociales más fijos y estables, hoy aparecen como más variables y cambiantes” (p. 54).

En la actualidad, finalizar la escuela secundaria implica un proceso de cambio (crítico) que le permite a cada sujeto readaptarse, reestructurar su vida cotidiana y sus relaciones intersubjetivas. Este proceso marca el inicio de la transición al llamado mundo adulto, ya que no solo abarca el día en el que terminan las clases (de la enseñanza media), sino que se extiende mucho después, hasta que se inscriben a la facultad o consiguen su primer trabajo. Se caracteriza por cierto desajuste temporal entre los tiempos del sujeto y las exigencias del tiempo histórico, que en la actualidad van cambiando cada vez más rápido.

Rascovan (2005) hace hincapié en que las distintas clases sociales configuran diferentes juventudes. Para él, “la transición está fuertemente condicionada por la posibilidad o imposibilidad de gozar la moratoria psicosocial” (p 56). En el caso de los jóvenes de la clase media-alta, hay una prolongación de la adolescencia, lo que implica una postergación de su incorporación al mundo laboral. En cambio, aquellos que pertenecen a clases sociales menos favorecidas buscan conseguir un empleo que les permita mejorar sus condiciones de vida y seguir estudiando.

Más allá de la clase social de la que cada uno provenga, finalizar la escuela secundaria implica para cualquier joven la posibilidad de tener que elegir acerca de su futuro. Es importante que cada joven atraviese este proceso de transición de forma única, respetando su propio ritmo y contexto.

Tener que elegir

Al acercarse el final de la escuela secundaria, los jóvenes se enfrentan con una recurrente pregunta en el discurso social: ¿qué vas a hacer cuando termines el colegio? o ¿qué vas a estudiar? Esta es una de las primeras decisiones importantes que muchos deberán tomar, y como señala Rascovan (2005), la experiencia de elegir un proyecto futuro al finalizar la escuela (ya sea estudiar o trabajar) tiene un valor inaugural. “El proceso de construcción de una decisión irá formando al joven como el sujeto de la exogamia, de la autonomía, de la salida al mundo” (p. 60).

Las dudas sobre qué elegir surgen con más intensidad a medida que se acerca el final de la escuela secundaria o cuando se abren las inscripciones en las diferentes instituciones de nivel superior. El momento de la decisión aparece como un acto que

irrumpe y sorprende y no por consecuencia lógica o calculada.

“El que elige, no está sólo eligiendo una carrera. Está eligiendo con qué trabajar, está definiendo para qué hacerlo, está pensando en un sentido para su vida, eligiendo un cómo, delimitando cuándo y dónde, es decir está eligiendo insertarse en un área específica de la realidad ocupacional”. (Bohoslavsky, 1984, p. 71).

Desde el punto de vista de la orientación vocacional, es importante que cada joven realice sus elecciones de manera libre y activa. Lo fundamental no es tanto la opción que se tome, sino que el proceso implique reflexión, imaginación, y exploración de sus propios caminos. La elección no debe percibirse como una imposición, sino como un proceso de elaboración psíquica que incluye análisis y procesamiento de la información.

Ahora bien, cabe preguntarse si los jóvenes son plenamente conscientes de los desafíos que implican estas decisiones. Podría pensarse que, para quienes continúan sus estudios, el pasaje hacia el rol de “estudiante universitario” supone transitar un contexto nuevo, con reglas y normas distintas a las de la escuela secundaria, lo que puede generar incertidumbre, temores y tensiones. De forma similar, para quienes deciden incorporarse al mundo laboral, la inserción no siempre corresponde con la expectativa de independencia o estabilidad, ya que la escolarización por sí sola no garantiza un empleo de calidad.

Estas elecciones, además, se desarrollan en un contexto atravesado por la incertidumbre y la inestabilidad. La crisis económica, la precarización del empleo y la falta de oportunidad hacen que el futuro aparezca muchas veces como incierto. A ello se le suma que las trayectorias educativas y laborales dejaron de ser lineales: los jóvenes cambian de carrera, de trabajo e incluso de proyectos vitales con mayor frecuencia que generaciones anteriores. Este escenario de constantes cambios puede ser vivido como una oportunidad de flexibilidad, pero también como una fuente de angustia por la ausencia de certezas. Asimismo, no todos los jóvenes parten de las mismas condiciones, ya que las desigualdades económicas y culturales influyen en el acceso a oportunidades, marcando diferencias en la manera de proyectar un futuro.

En este sentido, tanto la elección de estudiar como de trabajar puede ser entendida como un proceso de exploración más que como una certeza, lo que invita a considerarlas como hipótesis de futuro que se van poniendo a prueba en la experiencia.

Las decisiones en cuanto a la carrera y ocupación son siempre inciertas. Aunque los jóvenes se preparen con anticipación, nunca hay certezas de qué ocurrirá con esas decisiones en el futuro. Lo importante es ver la elección como una prueba o una apuesta, liberando a los jóvenes de la carga que genera tomar decisiones tan trascendentales a una temprana edad. Desdramatizar la finalización del ciclo medio, no significa restarle importancia, sino entenderlo como un período de exploración y decisión.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO DE VIDA

¿Qué entendemos por proyecto de vida?

La palabra proyecto proviene del latín proyectare, que significa "arrojar hacia adelante". Esto implica una relación directa con la dimensión temporal: un entrelazado de pasado y futuro que se manifiesta en el presente. La proyección hacia el futuro adquiere especial relevancia al finalizar la enseñanza media, momento en el cual los jóvenes comienzan a imaginar, planificar y construir quiénes desean ser y qué quieren hacer.

El proyecto de vida no debe reducirse a la mera elección de una profesión. Es, ante todo, un "hacer", en el cual el sujeto se convierte en protagonista de su propia trayectoria, tomando decisiones sobre los aspectos académicos, laborales, individuales, familiares y sociales. Cada individuo tiene el derecho y la responsabilidad de diseñar su propio proyecto, tomando en cuenta sus deseos e intereses, pero también siendo consciente de las implicaciones de esas elecciones. Tal como afirman Pereira y Stengel (2015), el proyecto de vida remite a una construcción original, que refleja la identidad de cada persona, en tanto que se configura a partir de las acciones que se planifican y se llevan a cabo.

Por su parte, Guichard (1995) define el proyecto de vida como

"Un poner en relación, de modo significativo, el pasado, presente y futuro, quedando privilegiada esta última dimensión. Su determinación siempre implica una reinterpretación, una relectura, un dar perspectivas al pasado y al presente. [...] Apunta hacia un objeto pendiente de constituirse: es una anticipación. Es la conformación representativa del presente la que permite que el individuo determine ciertos proyectos. Pero al mismo tiempo, esa confirmación del proyecto está marcada por la intencionalidad. Dado que me represento la situación de tal o cual modo, tiendo a construir tal o cual proyecto." (p. 17)

Para construir un proyecto de vida, se requieren tres elementos interrelacionados: la planificación de metas, la evaluación de los recursos disponibles y la motivación para llevarlo a cabo. Cabe destacar que el proyecto no es una idea cerrada o definitiva, pues está sujeto a revisión y a reajustes a lo largo del tiempo. En el transcurso de la vida, las personas se enfrentan a conflictos, tensiones cotidianas, crisis personales y sociales que requieren un proceso constante de toma de decisiones, evaluación y ajuste del rumbo (Leiva Sandoval, 2012).

Además, el proyecto de vida no se construye en el vacío: está inmerso en un contexto social, político y económico que influye en las decisiones personales. Así, cuando este contexto cambia, también lo hace la forma en que el individuo percibe el mundo y construye su itinerario vital. Como menciona Rascovan: "Vivimos la vida en clave de época. Las variables sociales se entraman con las subjetivas en la construcción de cada trayectoria." (2018, p. 110).

En este entramado, uno de los aspectos centrales que atraviesa la construcción de un proyecto vital es la vocación. No se trata simplemente de elegir una carrera o un empleo, sino de preguntarse, de manera consciente, qué lugar se quiere ocupar en el mundo.

La vocación como construcción en movimiento

El concepto "vocación" tiene su origen en la religión; proviene de "vocar", llamar, refiriéndose al llamado divino. Desde esta postura, se desprende la idea de que los sujetos somos convocados a cumplir una misión. Dicho de otra forma, es Dios quien tiene un proyecto y destina a una persona para que pueda realizarlo y comprometerse en cumplirla para toda la vida.

Con el paso del tiempo, este concepto fue adquiriendo nuevos sentidos, asociándose a profesiones que históricamente se vincularon con la entrega y el sacrificio,

como la docencia, la medicina y el arte (Rascovan, 2015).

En la actualidad, de manera cotidiana, se tiende a definir la vocación como una inclinación o deseo por desarrollar determinada actividad u ocupación. Sin embargo, esta visión puede resultar simplista si no se la enmarca en una perspectiva más amplia y dinámica. Rascovan (2015) amplía esta mirada al afirmar que la vocación es “un llamado a hacer una actividad que resulte gozosa para quien la realiza, aunque siempre atravesada por el conflicto, ya que este es inherente a la constitución subjetiva” (p. 190).

Desde el punto de vista de los profesionales de la Orientación Vocacional, la consideran como un concepto dinámico, que se construye constantemente en los avatares propios de cada sujeto, de su historia subjetiva, sus vivencias, sus experiencias y los diferentes modelos identificatorios. Está fuertemente ligada al momento histórico en el que el sujeto está inmerso. En este sentido, la elección vocacional se comprende como parte de un itinerario vital, una forma de decidir qué hacer con la propia vida.

Según Gavilán (2020) la posibilidad de desarrollar un proyecto de vida en el plano educativo, laboral o personal depende, en gran medida, de que la persona pueda construir un espacio de salud integral. Esta no se limita a lo físico y emocional, sino que se configura a partir de la interacción del sujeto con su entorno, su familia, sus vínculos, sus condiciones materiales, y la posibilidad real de acceder a derechos básicos como la salud, la educación, el trabajo y la justicia. Cuanto más fuertes y amplias sean estas interacciones, mayores serán las posibilidades de desplegar proyectos personales y colectivos.

Por otra parte, hoy ya no es posible pensar la vocación como una decisión definitiva, tomada para toda la vida. Vivimos en un contexto de cambios acelerados, en el que los caminos laborales y personales son múltiples y muchas veces imprevisibles. En este marco, Cherit (2021) manifiesta que la elección vocacional no se limita a la simple búsqueda de un trabajo o del éxito profesional. Sino que, se trata de un proceso continuo en el que se pone en juego el deseo personal. Dicha elección no es definitiva ni se da una sola vez, sino que forma parte de la construcción de un proyecto de vida, que está sujeto a diferentes transformaciones. Los cambios y el contexto social influyen en la manera en que se despliega tanto el deseo como la capacidad de elección.

En esta misma línea, Rascovan (2004) destaca que el aporte del paradigma crítico fue justamente romper con la idea de que existe una única vocación verdadera o una relación necesaria entre el sujeto y una profesión determinada. Plantea, en cambio, que la vocación es un proceso abierto, indefinido e incierto, que se construye, se deconstruye y se reconstruye a lo largo de la vida. Es decir, puede cambiar, enriquecerse y reorganizarse sin perder su valor.

Por todo esto, más que una elección puntual, la vocación puede entenderse como una búsqueda constante, atravesada por el deseo, el contexto y las posibilidades de cada quien. No se trata de encontrar “la” respuesta, sino de habilitarse a transitar el camino, sabiendo que la identidad, los intereses y los proyectos también se transforman con el tiempo.

¿Cómo es el contexto actual?

La sociedad contemporánea se puede caracterizar mediante la metáfora de la "sociedad líquida" propuesta por Bauman. Dicha metáfora resalta un contexto en constante transformación, resultado de profundos cambios socioeconómicos, políticos y culturales ocurridos en los últimos años. En la actualidad, la velocidad de vida se opone a la estabilidad y regularidad de épocas pasadas, predominando lo cambiante, lo imprevisible y la desigualdad (Castañeira, 2007).

En este nuevo escenario social, el futuro está marcado por el sentimiento de alerta, nada está determinado o definido y la incertidumbre es la única certeza. Ya no se considera al porvenir vinculado al progreso, sino que la gente busca vivir en la inmediatez. Desde el punto de vista de Bauman (2006)

... La vida líquida es una vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante. Las más acuciantes y persistentes preocupaciones que perturban esa vida son las que resultan del temor a que nos tomen desprevenidos, a que no podamos seguir el ritmo de unos acontecimientos que se mueven con gran rapidez, a que nos quedemos rezagados, a no percatarnos de las fechas «de caducidad», a que tengamos que cargar con bienes que ya no nos resultan deseables, a que pasemos por alto cuándo es necesario que cambiemos de enfoque si no queremos sobrepasar un punto sin retorno. La vida líquida es una sucesión de nuevos comienzos, pero, precisamente por ello, son los breves e indoloros finales —sin los que esos nuevos comienzos serían imposibles de concebir— los que suelen constituir sus momentos de mayor desafío y ocasionan nuestros más irritantes dolores de cabeza. Entre las artes del vivir moderno líquido y las habilidades necesarias para practicarlas, saber librarse de las cosas prima sobre saber adquirirlas (p. 10).

Otro de los elementos propios de esta sociedad de la inmediatez, está relacionado con el consumismo. Los medios de comunicación y las publicidades crean sistemáticamente nuevas necesidades buscando saciar los deseos de los clientes, generando una falsa sensación de bienestar (momentánea). El consumo, en muchas ocasiones se puede definir como desmesurado, excesivo e innecesario. Ya no se trata de adquirir solo bienes materiales sino que también se compran nuevas "recetas de vida" para tener mejores amigos, mejores relaciones familiares, para ser más ordenados o para buscar pareja, para mejorar cuestiones de salud, estéticas, etc. Como lo establece en su investigación Luna Martín "compramos para realizarnos" (2020, p. 11).

Esta tendencia consumista se inscribe en una cultura postmoderna cada vez más individualista. Rascovan afirma que "los que no tienen, no son", refiriéndose a los excluidos y segregados que no pueden acceder a los bienes materiales y culturales que ofrece el mercado. Se genera así una feroz competencia por pertenecer, donde cada individuo busca "salvarse" (2005, p. 63).

Las instituciones tradicionales, como la familia, el Estado y la escuela, han dejado de ser los principales productores de subjetividad. Su función ha sido reemplazada por otras instituciones sociales, como los medios masivos de comunicación y las tecnologías de la información. Este desarrollo tecnológico ha transformado radicalmente la sociedad: "Las nuevas tecnologías crean la ilusión de satisfacer cualquier deseo, aquí y ahora. Conceptos como futuro, paciencia y espera perdieron la relevancia de tiempos pretéritos" (Tahull et al., 2015, p. 33). Estas innovaciones han modificado las actividades cotidianas, desde la economía hasta la comunicación y el tiempo de ocio. Las redes sociales, en particular, se han convertido en "el escaparate perfecto para el exhibicionismo y la ostentación" (Luna Martín., 2020, p. 8).

Las relaciones interpersonales también se ven afectadas en esta sociedad líquida. Los vínculos son cada vez más fluidos, frágiles y de corta duración, lo que resulta en un menor compromiso entre amigos, familiares y parejas. Pereira y Stengel (2015) retomando a Pais (2006), plantean que, en el marco de estas estructuras sociales inestables, los jóvenes transitan sus vidas atravesados por la inestabilidad, la falta de continuidad y los constantes cambios. Los jóvenes abandonan la casa de sus padres, regresan, dejan sus estudios y vuelven a retomarlos, encuentran trabajo y pueden perderlo en cualquier momento; incluso, se casan sin la certeza de que sea para toda la vida.

En este escenario de constante cambios, los jóvenes se encuentran inmersos en una realidad caracterizada por la inmediatez y la incertidumbre. La vida ya no se percibe como un camino lineal y estable, sino como un espacio en donde los proyectos de vida y vocacionales están en constante revisión y redefinición. Enfrentar un futuro tan impredecible genera que muchos de ellos puedan replantearse las formas tradicionales de elección, optando por proyectos a corto plazo o, incluso, evitando decisiones definitivas. Este contexto, atravesado por las demandas de la sociedad líquida, transforma profundamente la manera en que los jóvenes construyen sus identidades y sus futuros.

Proyecto de vida en la actualidad

Como se ha mencionado a lo largo de este trabajo, al finalizar la escuela secundaria, los jóvenes se enfrentan con la difícil tarea de pensar y definir un proyecto a futuro. La construcción del mismo no puede realizarse sin tener en cuenta el contexto en el que están inmersos. “El país y el mundo ha cambiado tanto y tan rápido que no hay caminos únicos, ni exclusivos ni trillados para caminar hacia el futuro” (Rascovan, 2005, p. 61).

Cada sujeto se ve obligado a tomar una decisiones vinculadas a su futuro. Sin embargo, muchos visualizan un futuro vacío, vulnerable e impredecible, donde resulta complejo proyectarse. Esto se debe, en gran parte, al contexto socio-económico en el que vivimos (Turinettis Astori et al; 2016). Romero (2007), refiere que el proceso de elegir se convierte en un enigma difícil de resolver para muchos adolescentes de nuestra época. “Se acrecientan las crisis subjetivas incrementadas por la dificultad para discernir y comprometerse con el proyecto de vida” (p. 438).

A causa de que la sociedad actual se caracteriza por ser inestable, volátil y efímera, los sujetos ya no pueden planificar su futuro como algo definitivo, sino que se encuentra susceptible de modificaciones. Por tal motivo, los planes comienzan a realizarse a corto plazo.

Este estilo de vida flexible, se ha extendido a todos los aspectos de la vida de las personas, siendo el ámbito laboral uno de los más afectados. En épocas anteriores, las personas mantenían el mismo trabajo desde su juventud hasta su jubilación. En cambio, hoy en día, los jóvenes cambian de empleo en reiteradas ocasiones, ya sea por despido o porque encuentran mejores oportunidades. Luna Martín (2020) agrega que “Los contratos temporales o renovables están a la orden del día. La incertidumbre navega en la vida laboral de las personas”(p.16).

Es decir, los jóvenes ya no le otorgan al trabajo el mismo significado que le otorgaban generaciones anteriores. Para ellos, lo laboral ha pasado a ser una experiencia que desean disfrutar, sin concordar con la idea de que el esfuerzo sea una característica inherente al trabajo, o que deban permanecer en un mismo empleo durante toda su vida.

En la actualidad, es común escuchar a los jóvenes expresar su deseo de emigrar a países con mayor estabilidad económica, dispuestos a trabajar de lo que sea, incluso aunque cuenten con un título universitario, o bien buscan empleos remotos. Otros se sienten atraídos por el estilo de vida de los influencers o youtubers, personas que se hacen conocidas de un momento a otro, sin haber pasado por un proceso previo de formación. “Quiero vivir solo, ganar en dólares, viajar, ahorrar, tener mi auto...”, “quiero ser youtuber, famoso e influencer” (Cherit, 2021, p. 1)

Desde el punto de vista educativo, Romero (2007) subraya que, hasta hace aproximadamente dos décadas, graduarse en la universidad garantizaba un futuro estable, ya que estos podían insertarse laboralmente de manera inmediata, obtener un nivel de ingreso aceptable, ser valorados y reconocidos por su profesión. Por el contrario, hoy se vivencia un fuerte deterioro en la obtención de los títulos de grado. Los jóvenes que deciden continuar estudiando tienden a elegir carreras de corta duración y que les ofrecen una rápida salida laboral.

De acuerdo con Rascovan (2005)

Los problemas vocacionales, asociados con el *qué hacer*, en términos de itinerario vital en el área laboral y educativa, están hoy fuertemente atravesados por la incertidumbre en relación con el futuro, la fragmentación y la marginación social, la desocupación y la precarización laborales, la desesperanza y la desesperación. Dichos procesos son consecuencia de la “metamorfosis de la cuestión social” (ruptura) cuyo eje central lo constituyen el derrumbe de la “sociedad salarial” como forma de ordenamiento clásico de las sociedades capitalistas. Lo particular de esta metamorfosis es el quiebre de una lógica de organización social que tuvo al Estado-Nación como principal regulador de la vida colectiva y que cedió su poder ante el mercado, representado por los grandes grupos económicos (p.q 34)

Según Turinettis Astori (2016) Las elecciones que los jóvenes realizan hoy en día no están orientadas para el hacer, sino para el tener o poseer algo y el lograr “ser alguien”. A diferencia de otras generaciones, cuyo objetivo era lograr satisfacción, la mayoría de los sujetos se encuentran interesados en realizar una elección que le permita llegar a ser exitoso y le brinde prestigio social (lo más rápido posible), aunque no sepan ni con qué ni cómo lograrlo. “Pensarse fuera de esto genera sentimientos de angustia, desvalorización e incertidumbre”(p.1).

¿Cuáles son los temores con los que se enfrentan los jóvenes?

Al finalizar la escuela secundaria, los jóvenes se enfrentan a la presión de planificar su futuro, lo que implica asumir nuevos roles sociales y atravesar múltiples transformaciones. Este período está marcado por una sensación de incertidumbre, ansiedad y miedo al fracaso, ya que deben reformular sus representaciones sobre sí mismo y el mundo que los rodea. Como señala Romero (2007) “frente a los cambios y lo desconocido, surgen fantasías inconscientes que responden a las demandas del mundo exterior, las cuales son elaboradas a través de diferentes mecanismos de defensa” (p. 438)

Según Boquín (2020) los jóvenes perciben la experiencia escolar como un “todo ordenado”, en el cual está definido el horario de entrada y salida, la cantidad de veces que hay que asistir, realizar las tareas en conjunto con el profesor, etc. Sin embargo, en los escenarios laborales y educativos futuros, enfrentan la necesidad de gestionar sus propias decisiones. Este cambio exige el desarrollo de la autonomía y responsabilidad, entendida como la capacidad de reflexionar, administrar y asumir las consecuencias de sus actos.

Torcomian (2016) señala que los jóvenes próximos a egresar del ciclo medio, manifiestan más enfáticamente miedo, por el fin de una etapa y el comienzo de otra. Este temor a lo incierto revive experiencias previas, como el paso de la primaria a la secundaria. Los sentimientos son contradictorios: por un lado sienten alegría por finalizar una etapa, y por el otro, resistencia a enfrentar nuevas responsabilidades. Además, disminuye el interés por los contenidos curriculares, mientras aumentan las preocupaciones relacionadas con el proyecto de vida.

Por otro lado, Romero identifica dos grandes fuentes de temores vinculados a la elección de una carrera e ingreso a la universidad. En primer lugar, los problemas económicos, derivados de la crisis económica, el desempleo y la inestabilidad laboral, dificultan tanto el acceso como la continuidad en la universidad. Quienes deben mudarse a otra ciudad enfrentan mayores exigencias económicas y ajustes en el estilo de vida, costumbres, mantenerse alejados de sus afectos, etc.

En segundo lugar, aparecen las ansiedades típicas de los adolescentes al comenzar una nueva etapa de sus vidas. Entre ellas se encuentran: las dudas sobre la elección de la carrera, el miedo a equivocarse o a que esta no cumpla con las expectativas, y el temor al fracaso académico. Estas inseguridades están ligadas a las fantasías e incertidumbres sobre las propias capacidades para enfrentar los desafíos que implican los estudios superiores.

En vista de estas circunstancias, la Orientación Vocacional se presenta como una herramienta fundamental para acompañar a los jóvenes en la compleja tarea de delinear un proyecto de vida. No se trata únicamente de ayudarlos a elegir una carrera universitaria, aprender un oficio o buscar un empleo, sino brindar un espacio para que ellos puedan reflexionar sobre sus intereses, habilidades y las posibilidades que este contexto socio-económico en el que viven. Este proceso permite que los jóvenes transiten esta etapa de transición con mayor claridad y confianza, aliviando los temores e

incertidumbre que pueden surgir. Así, la Orientación Vocacional no sólo contribuye al desarrollo de su autonomía, sino también a la construcción de un futuro en el que puedan proyectarse de manera plena y significativa.

LOS DESAFÍOS DE LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL EN LA ACTUALIDAD

Acerca de la Orientación Vocacional

A lo largo de la historia, la Orientación Vocacional ha sido definida de diversas maneras. Tradicionalmente, estuvo dirigida a jóvenes que finalizaban la enseñanza media, con el objetivo de acompañarlos en la elección de una carrera de nivel superior, generalmente universitaria. En Argentina, esta práctica se ha asociado comúnmente al uso de test diseñados para orientar dicha elección. Desde esta perspectiva, la orientación tenía un carácter directivo: el joven asumía un rol pasivo, esperando resultados, mientras que el orientador lideraba y dirigía el proceso.

Actualmente, esta concepción ha sido cuestionada. Rascovan (2018) se distancia de la noción clásica de orientación y propone la construcción de dispositivos de sostén y acompañamiento centrados en el sujeto y en una ética en relación al otro. Este enfoque le devuelve el protagonismo a quién atraviesa el proceso de elección, ya sea para continuar estudiando, buscar trabajo, o llevar a cabo diferentes proyectos personales.

Este modelo se aleja de los enfoques basados en las evaluaciones, mediciones y diagnósticos, promoviendo en su lugar experiencias subjetivantes que reconozcan las potencialidades individuales, respeten la singularidad de cada sujeto y consideren el contexto. Además, cuestiona la figura del profesional como único poseedor del saber, fomentando una elección autónoma y reflexiva.

Rascovan también considera lo vocacional como un “campo” en el cual intervienen diferentes variables que se entrecruzan, como por ejemplo: sociales, políticas, económicas y psicológicas. “Analizar la complejidad de este campo requiere distinguir las diferentes dimensiones que lo constituyen, recurriendo a los saberes específicos de las diversas disciplinas” (2005, p. 32).

Desde esta mirada, propone pensar al campo vocacional desde el “paradigma de la complejidad”, el cual implica el abandono del enfoque determinista, lineal. Este paradigma reconoce la discontinuidad, no-linealidad y de la diferencia como dimensiones operativas en la construcción de los escenarios en los que vivimos” (p 32).

Todos tenemos derecho a elegir qué hacer en la vida y recibir Orientación Vocacional. Para eso, es necesario construir dispositivos de intervención en diferentes ámbitos. “Estos deben organizarse con inventiva, imaginación, y decisión acorde a toda práctica situada que aloje al sujeto en sus preguntas, sus búsquedas, aspectos tan distantes de los modelos diagnosticadores, clasificadores y normalizadores” (Rascovan,2018, p. 17).

A diferencia de otros autores, como por ejemplo Muller, Rascovan (2005) establece que existen tres tipos de intervención en el campo de la Orientación Vocacional. Estas se denominan psicológica, pedagógica y sociocomunitaria.

Con respecto a la intervención psicológica, este autor adhiere a la modalidad clínica vinculada al Psicoanálisis (propuesta por Bohoslavsky), definida como un proceso de acompañamiento a un sujeto que demanda ser escuchado en su singularidad y que pueda encontrarse consigo mismo para luego poder elaborar un proyecto de vida.

La segunda intervención, pedagógica, se utiliza con el objetivo de promover procesos de enseñanza y aprendizaje que favorezcan la comprensión de la nueva realidad social.

Teniendo en cuenta el rol que la escuela posee en la sociedad, resulta interesante que se pueda propiciar aprendizajes significativos que no son abordados desde otros ámbitos.

También poder transmitir, problematizar y brindar contenidos conceptuales relacionados con el actual escenario social, aspectos procedimentales y actitudinales, como por ejemplo, plantear estrategias para buscar y conseguir empleo, o las vinculadas con la articulación escuela mundo laboral (las pasantías prácticas, etc).

Acerca de esto último, es importante resaltar que en el año 2014, el Ministerio de

Educación de la Provincia de Santa Fe, agregó en el diseño curricular una materia denominada “Orientación en Contextos Laborales” destinada a los jóvenes que se encuentran cursando su último año de secundaria.

El propósito es que los jóvenes, a través de las experiencias educativas de este espacio, puedan descubrir o revisar y discutir con otros sus expectativas e intereses, conocer sus potencialidades y posibles dificultades en relación con estos intereses, explorar otros horizontes y espacios de desempeño y fortalecer las capacidades necesarias para afrontar estudios de Nivel Superior. (p. 315)

Para los jóvenes, terminar el ciclo medio resulta problemático debido a que tienen la responsabilidad y la tarea de decidir sobre la continuación de su trayectoria futura, principalmente vinculada al campo educativo y laboral. Sin embargo, quienes no se encuentran transitando una institución educativa, ya sea porque finalizaron el cursado o porque abandonaron, también tienen el derecho de poder elegir. A ellos “hay que ir a buscar”.

Las intervenciones sociocomunitarias

Las intervenciones sociocomunitarias en el campo de la Orientación Vocacional permiten visibilizar y acompañar a aquellos colectivos históricamente postergados, cuyos derechos muchas veces han sido vulnerados o directamente negados. Estas prácticas buscan ampliar el alcance de la orientación, incluyendo a sujetos que, por distintas razones, no están integrados a la vida social a través de instituciones educativas o laborales.

Se trata de sujetos que no consultan de forma espontánea, como personas en situación de encierro, con problemas de consumo, que han abandonado sus estudios, que no consiguen trabajo o que directamente no lo buscan. También incluye a quienes han sido sistemáticamente excluidos de las prácticas tradicionales de orientación, como los adultos mayores, personas con diferentes tipos de discapacidad, personas transgénero o quienes habitan en zonas muy alejadas a los centros urbanos.

Desde esta perspectiva, el objetivo principal de la intervención no es simplemente orientar hacia una elección vocacional, sino restituir derechos fundamentales, como el derecho a tener una vida digna, poder elegir qué hacer y construir un proyecto futuro. Se trata de generar espacios de escucha, contención y construcción colectiva de proyectos de vida posibles, en función de las condiciones materiales, subjetivas y sociales de cada grupo.

Este tipo de intervención invita a repensar el rol del profesional de la orientación: ya no como alguien que espera la demanda, sino como alguien que sale al encuentro, que construye dispositivos flexibles, contextualizados y éticamente comprometidos con la realidad de los sujetos. En este sentido, la Orientación Vocacional se reconoce como una práctica política con capacidad de incidencia real en contextos de desigualdad, promoviendo la inclusión, participación y justicia social.

Cabe destacar que estos dispositivos pueden implementarse no sólo en instituciones de salud, educativas, recreativas, de servicios de empleo, cárceles, o de la tercera edad, sino también en cualquier plaza, barrio o en cualquier ámbito donde sea posible alojar y acompañar a los sujetos en su búsqueda.

Desarmar saberes para alojar al otro. El rol del psicólogo en Orientación Vocacional

Más allá del ámbito donde se implementen, el trabajo del psicólogo en Orientación Vocacional exige una implicación singular, que trasciende las técnicas. Su rol no puede reducirse a una función orientadora entendida como guía, consejo o mera transmisión de información. Se trata, ante todo, de una práctica clínica y ética, que implica alojar al otro

como sujeto deseante, reconociendo su singularidad y la complejidad de su posición en el entramado social.

Desde esta perspectiva, resulta clave que los profesionales que intervienen en Orientación Vocacional logren despojarse de los saberes instituidos, que han alojado sólo a ciertos sectores: principalmente jóvenes de clase media o alta, escolarizados y con posibilidades materiales, dejando por fuera a quienes también tienen derecho a construir un proyecto de vida. Llevar a la práctica este principio de inclusión no se agota en un posicionamiento discursivo o técnico, sino que implica un verdadero cambio cultural: alojar a quienes han sido expulsados o invisibilizados por el sistema, no desde la lógica del déficit, sino desde sus capacidades para proyectar.

Rascovan (2016) propone un aporte conceptual significativo para pensar la práctica del psicólogo en este campo: la “clínica de las cuatro E”, haciendo referencia a éstas cuatro palabras “escucha, espera, elaboración y elección”. Esta no debe pensarse como una secuencia rígida de pasos, sino como elementos estructurantes de una experiencia clínica, donde el sujeto pueda pensar(se), soñar y construir un futuro posible. Es decir, organizar la intervención en función de una ética que posibilite una clínica situada, acorde al malestar de época y a las condiciones concretas del consultante.

Aunque muchos modelos contemporáneos proclaman la importancia de la escucha, esta suele quedar atrapada en un discurso que domestica la palabra del otro, subordinándola a categorías preestablecidas. Es una escucha que ya sabe, que espera lo esperable. Frente a esto, el rol del psicólogo implica practicar una escucha que se desprende del prejuicio, de la comprensión inmediata, de la urgencia por cerrar sentidos. Una escucha analítica, que apuesta al sujeto y se sostiene en la pregunta.

Poder escuchar implica, entonces, operar con atención flotante, captando reiteraciones, omisiones o silencios, y ofreciendo al consultante un espacio donde interrogue su propio relato. Un relato que, muchas veces, funciona como defensa ante la incertidumbre. Como advierte Rascovan (2016): “La escucha y el pensar sobre la escucha incomodan. Se trata de sostener esa cualidad de la experiencia analítica propia de los procesos de orientación y no de pretender eliminarla” (p.108).

La formación del psicólogo no puede limitarse a marcos teóricos específicos de la Orientación Vocacional. Es necesario que se nutra de diversas disciplinas: psicoanálisis, sociología, antropología, historia, arte, política, entre otros, que le permitan ampliar su mirada, complejizar las tramas subjetivas y sociales que intervienen en toda elección, y desnaturalizar sentidos instalados sobre el éxito, el trabajo, la vocación y el futuro.

Desde su función, el psicólogo debe propiciar las condiciones para que el consultante pueda desplegar aquello que interfiere o fragiliza su capacidad de elegir. Esto implica asumir una posición de “espera”, entendida no como pasividad o neutralidad, sino como un acto clínico y ético que demanda presencia y compromiso sostenido en el tiempo. Como plantea Rascovan

“La neutralidad en este proceso supone un esfuerzo constante de no caer en la tentación de decidir por el otro. [...] Es una operación activa consistente en mantener a raya los propios ideales, valores y deseos del profesional [...] para liberar el espacio al deseo del consultante” (2016, p. 109).

Esta posición también implica una revisión constante de la propia implicación. El psicólogo no puede desentenderse de sus identificaciones, simpatías o valores, ya que estos pueden interferir, a veces de forma sutil, en el proceso. Explorar esa implicación es una responsabilidad inherente al rol clínico, y condición necesaria para sostener una actitud ética.

Durante la orientación, se construye un vínculo basado en la transferencia y en una confianza mutua. El consultante puede esperar que el profesional le indique qué hacer; mientras que el psicólogo, lejos de responder con recetas, espera que el sujeto pueda apropiarse de su decisión. Este proceso, sostenido en la palabra, el deseo y la

singularidad, es lo que diferencia a la intervención del psicólogo de otros abordajes más normativos o pedagógicos.

El consultante es invitado a interrogarse sobre sí mismo, sobre su contexto, y sobre las representaciones que lo atraviesan en relación a las posibles elecciones. El psicólogo no ofrece respuestas, pero sí habilita preguntas. No direcciona, pero acompaña el despliegue de un recorrido subjetivo, singular, conflictivo.

Porque elegir no es un acto neutral. Es una experiencia vital, inscripta en el deseo, atravesada por condicionamientos sociales e históricos, y cargada de significaciones. Toda elección vocacional se configura en la tensión entre sujeto, objeto y contexto. En este sentido, el rol del psicólogo consiste en habilitar un espacio donde elegir no signifique adaptarse, sino apropiarse; no reproducir, sino crear; no cerrar, sino abrir.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se hizo visible la complejidad que implica para los jóvenes la construcción de un proyecto de vida al finalizar la escuela secundaria. Este momento, lejos de ser una simple etapa de transición, se configura como una experiencia densa, atravesada por transformaciones profundas que movilizan la subjetividad. En un contexto social caracterizado por la inestabilidad, la fragmentación de los vínculos y la lógica de la inmediatez, los jóvenes se enfrentan a decisiones que no sólo definen un trayecto, sino que también los confrontan con sus deseos, temores y posibilidades.

En una sociedad donde los caminos ya no están trazados de antemano, donde las instituciones tradicionales han perdido su centralidad, y donde el futuro se percibe como incierto y amenazante, los jóvenes se ven inmersos en un escenario que no favorece la proyección ni la planificación a largo plazo. La presión por decidir “qué hacer con su vida” convive con un horizonte difuso y cambiante, en el cual la vocación ya no se presenta como una elección única y estable, sino como una construcción abierta, atravesada por los avatares del deseo, la historia personal y las condiciones sociales.

En este marco, la Orientación Vocacional se configura como una herramienta clave para acompañar a los jóvenes en la construcción de su proyecto de vida. Dicho proceso tiene como propósito habilitar un espacio de escucha y de contención, en el cual el consultante pueda interrogar(se), manifestar sus temores o inquietudes y reflexionar acerca de esta etapa que se encuentra viviendo. Comprender esta tarea implica reconocer que elegir no es un acto individual aislado, sino una práctica atravesada por las condiciones sociales, económicas, culturales, etc.

Asimismo, es fundamental pensar la Orientación Vocacional como una práctica con compromiso ético y político, orientado a garantizar derechos y ampliar las oportunidades para quienes históricamente han sido excluidos. La intervención no puede quedar limitada sólo a quienes se encuentran finalizando el ciclo medio, sino que debe pensarse también en lo comunitario, yendo al encuentro de aquellos sujetos que no están institucionalizados pero que igualmente tienen derecho a imaginar y a construir un futuro posible.

Sostener una mirada crítica e inclusiva supone desarmar los modelos normalizadores y abrir paso a intervenciones flexibles, creativas y contextualizadas, que pongan el centro en el sujeto y su capacidad de desear. Porque elegir no es adaptarse a lo dado, sino apropiarse del propio recorrido; no es responder a una demanda externa, sino abrirse a la posibilidad de crear y transformar. Y en este sentido, la Orientación Vocacional tiene el enorme desafío (y privilegio) de acompañar ese gesto profundamente humano: el de proyectarse, incluso en la incertidumbre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bauman Z (2006) *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.

Bohoslavsky, R. (1998) "*Orientación Vocacional Estrategia Clínica*". Buenos Aires: Nueva visión.

Boquin S. (2020). "*Las expectativas laborales y/o educativas postsecundarias desde las voces de los jóvenes que egresan de la escuela secundaria*" (Ponencia). Recuperada de: <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/JIFIICE/VI-IV/paper/viewFile/3940/2477>

Castañeira, V.(2007). *La incertidumbre ¿es la misma para todos? Una mirada sobre las elecciones vocacionales de los jóvenes de diferentes sectores sociales*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Cherit P. (2021, noviembre 6). "*Los paradigmas...¿están cambiando? El impacto de la pandemia en las elecciones vocacionales*. [Charla virtual]. Jornada Anual Subcomisión de Orientación Vocacional.

Gavilán M. (2020) *La orientación entre la pandemia y el futuro*. Revista Internacional Orientación y Sociedad. 20 (1), 1-20.

Guichard J. (1995) *La escuela y las representaciones del futuro de los adolescentes*. Barcelona: Laertes Psicopedagogía

Leiva Sandoval P. (2012). *Cambios en los referentes para la construcción de proyectos de vida juvenil*. Tend. Ret. ISSN 0122-9729. Vol. 17, No. 1, pp. 93-103

Luna Martín Á. (2020) *Tiempo y Cultura: La sociedad de la inmediatez*. (Trabajo de Fin de grado).Facultad de Filosofía. Universidad de Sevilla. Recuperado de: <https://idus.us.es/server/api/core/bitstreams/eace1afc-8516-41f6-96b5-a0095f40d1b3/content>

Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe (2014). Diseño Curricular (pág 315-318)

Muller M. (1990) *Orientación Vocacional: Aportes clínicos y educacionales*. Bs. As, Argentina: Miño y Dávila Editores.

Nasio J. D. (2013) "*Cómo actuar con un adolescente difícil. Consejos para padres y profesionales*". Buenos Aires: Paidós

Pereira H. C. Stengel M. (2015) *Proyectos de vida en la posmodernidad: posibilidades y límites para los jóvenes*. Psicol. Rev. (Belo Horizonte). vol.21, n.3, pp.582-598. Recuperado de: https://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1677-116820150003

00011&lng=en&nrm=iso&tlng=pt

Rascovan, S (2004). *Lo Vocacional: una revisión crítica*. Revista Brasileira de Orientación Profesional. Pp. 1-10

Rascovan S. (2005). *Orientación vocacional: una perspectiva crítica*. Bs. As: Paidós.

Rascovan S. (2015). *Los jóvenes y el futuro. Programa de orientación para la transición al mundo adulto*. Buenos Aires: Noveduc

Rascovan, S (2016). *La orientación vocacional como experiencia subjetivante*. Buenos Aires: Paidós

Rascovan, S (2018). *La orientación vocacional con sujetos vulnerabilizados*. Buenos Aires: Noveduc

Romero H. (2007). *Adolescentes y elección vocacional*. XIV Jornada de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Bs. As.

Tahull, J., Molina Luque, F., & Montero, I. (2016). *Posmodernidad. Elementos sociales vinculados con los jóvenes*. Análisis, (88), 23–39.

Torcomian C. (2016). *Adolescencia y subjetividad. Ingresar, transitar y egresar de la escuela secundaria*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Turinettis Astori A.P., Villanueva M.E., Maina W.A (2016). *¿Qué será lo que tengo que hacer?...¿Dónde se pregunta eso?* IV Encuentro Nacional de Servicios de Orientación Universitaria "Hacia una mirada interdisciplinaria" (UNLP, 27 y 28 de octubre de 2016). Recuperado de:
https://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/154495/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isA

Hoja de firmas